

## VILLA AMAPOLA

Esta historia trata de una niña de 10 años llamada Roma. Es muy curiosa y alegre, le encanta el helado de galleta, recoger flores e ir a la biblioteca después de salir de su clase de clarinete. Va a 5º de primaria en la única escuela del pequeño, pero precioso pueblo, Villa Amapola. Un día, mientras iba de camino a su escuela, vio que la biblioteca tenía un cartelito que decía lo siguiente:

*Vecinos de Villa Amapola, la biblioteca pública del pueblo lamenta comunicar que debido a las deudas que debemos pagar, la biblioteca estará cerrada temporalmente hasta que hayamos resuelto nuestros problemas.*

*La directora de la biblioteca:*

*Margarita Pérez*

Roma se quedó muy triste, pues las bibliotecarias y bibliotecarios le caían muy bien y su vida no sería lo mismo sin la biblioteca. Al llegar a su clase todos sus compañeros y compañeras estaban hablando sobre aquel tema.

-¡A mí me parece una injusticia!

-¡Sí, a mí también! ¡No entienden que a los niños y niñas nos gusta leer y sin la biblioteca no será igual!

Entre tanto jaleo, la profesora, Carmen, puso un poco de paz y dijo:

-Tranquilos, chicos, todos sabemos que es una pena que la cierren, pero podemos leer en nuestras casas y en el colegio. Vamos a echar de menos a Juan, Sara, Cristóbal, Rebeca y Sofía, pero les podemos ver en la calle y hablar con ellos.

A todo esto, Roma tuvo una idea:

- ¡¿Y si recogemos firmas para que la vuelvan a abrir?!

Se hizo el silencio ante esa propuesta, cuando la mejor amiga de Roma, Ana, dijo:

-Yo creo que es buena idea...

-No quiero ser aguafiestas, pero creo que no vamos a conseguir firmas suficientes...-dijo Carmen.

-¿Por qué?- preguntó un niño.

-Para llevar esto a cabo necesitamos el permiso del ayuntamiento y no creo que nos dejen ni siquiera intentarlo...

La clase se quedó callada y a la vez triste.

Pasaron doce días y el pueblo se notaba peor, la calle de la biblioteca estaba cada vez más vacía, al estar cerrada, algunos de los que antes trabajaban allí se habían mudado a la gran ciudad para buscar trabajo y por último, los niños sacaban peores notas porque no podían sacar libros para buscar información o para estudiar en un lugar con silencio. Nuestra protagonista, Roma, quería hacer algo para solucionar esta "crisis". Se acordó de la idea que se le ocurrió y por la mañana se fue, en su bicicleta, al ayuntamiento. Por el camino se encontró a Ana y a su profesora.

-¡Hola, Roma!- dijo Carmen- ¿A dónde vas?

-Al Ayuntamiento, voy a pedirle al alcalde que me deje recoger firmas para poder abrir la biblioteca otra vez.

-Pero... ¿no te acuerdas de lo que dije en clase?- preguntó Carmen.

-Sí, claro que me acuerdo, pero es que Villa Amapola necesita una biblioteca y toda la alegría que hay en ella. Por eso he decidido intentarlo, creo que lo puedo lograr con vuestra ayuda y con la del pueblo.

-¡Yo te ayudo!-dijo Ana muy convencida.

-Te veo muy segura de ti misma, Roma... ¡yo también te ayudo!

Las tres fueron al ayuntamiento a conseguir el permiso. Cuando llegaron, esperaron un poco de tiempo en la sala de espera, después pasaron a un despacho donde estaba el mismísimo alcalde de Villa Amapola, cuatro veces seguidas alcalde, siete veces diputado, en definitiva, el excelentísimo señor Fernando Clodoveo Pulpito Sardina, apodado Ferclo.

-Sentimos interrumpir su conferencia con el señor Katimoto, pero es que le queríamos comentar una cosilla... queremos recoger firmas para volver a abrir la biblioteca, señor - dijo Carmen.

-¿Y para qué quieren tener una biblioteca?- preguntó el alcalde.

-A los niños y mayores les encanta leer y en la biblioteca hay un montón de libros de todo tipo y para todos los gustos.- dijo Ana.

-Jajajaja, me parece una tontería lo de tener una biblioteca, ahora todo está en internet, pero bueno, si queréis intentarlo, tomad, aquí tenéis una hoja donde podéis recoger las firmas. Necesitáis 200 firmas y el plazo acaba... mañana a las doce en punto, jajaja, lo tenéis difícil, buena suerte.

Las tres amigas salieron del ayuntamiento y se dirigieron a la plaza del pueblo. Ya llevaban catorce firmas, pero faltaban un montón. Pidieron ayuda a los vecinos y a todo esto ya eran las dos de la tarde, la hora de la comida. Se fueron a sus casas y quedaron en la fuente del parque, a las cuatro, no había tiempo que perder.

Con ayuda de los familiares de Roma y Ana ya llevaban veinticinco, les esperaba una tarde muy larga.

16:00- 25 firmas, inicio de la aventura.

17:00- 40 firmas, quedaba mucha tarde.

18:00- 86 firmas, pensaron que era posible.

19:00- 102 firmas, no iban mal.

20:00- 139 firmas, ya casi se tenían que ir a sus casas.

21:00- 153 firmas, se fueron a sus casas, pero mañana se levantarían muy temprano para seguir intentándolo.

Al día siguiente se despertaron muy pronto para seguir recogiendo las firmas.

10:00- 153 firmas, las mismas que a las 21:00.

10:30- 167 firmas, lo iban a conseguir.

11:00- 170 firmas, quedaba poco.

11:30- 188 firmas, doce firmas más...

11:59- ¡199 firmas, y faltaba un minuto,.... faltaba el alcalde!

Corrieron al ayuntamiento entraron y le pidieron al alcalde que firmase para conseguir las 200 firmas.

-¿De verdad creen que voy a firmar? Jajajaja- se rió el alcalde.

-¡Por favor señor Ferclo, firme, es muy importante!

-Ni hablar, me parece una auténtica tontería, no.

-Pues si no firma... ¡nos iremos del pueblo y todos los habitantes de él también!- dijo Ana.

-Mmmm...- el alcalde se quedó pensativo- Eeeeeeh, ¡está bien!, al fin y al cabo mi trabajo es cuidar del pueblo. ¡Queda reabierto la biblioteca!

-¡¡Bieven!!- gritaron las tres a la vez.

-Gracias, Ferclo- dijo Roma.

Y así fue como con la pequeña idea de Roma la biblioteca quedó reabierto y los habitantes que se habían mudado anteriormente volvieron a Villa Amapola. Porque gente sin bibliotecas son bibliotecas sin gente.



